

FR. GERUNDIO.

El quinto Quintin.

CUENTO HISTÓRICO-GERUNDIANO.

En un pueblo llamado Quintana vivía ahora cuando se hizo la última quinta un labrador tenido allí por rico porque era menos pobre que los demas, llamado el tío Quintin Ramirez, el cual tenía un hijo de diez y ocho años llamado tambien Quintin, hijo de Quintin su padre, y de Ramira Quintin, que así se llamaba su madre; la cual ve-

nia á tener por apellido lo que su marido tenia por nombre, y por nombre el patronímico del apellido de su marido; de forma que la tia Ramira, si hubiera sabido escribir, debiera firmarse segun el uso admitido *Ramira Quintin de Quintin Ramiras*, y el hijo venia á llamarse *Quintin Ramirez de Quintin*, y así le puso el fiel de fechos de Quintana en las listas para la quinta.

Pues este tal Quintin padre tenia cuando llegó la órden de la quinta tratada la boda de su hijo Quintin con la hija del tio Ramiro, que era el labrador que despues de él tenia mas *posibles* en el lugar, la cual se llamaba tambien Quintina; si bien se ofrecian algunas dificultades para el enlace en atencion á ser la Quintina prima hermana del Quintin por parte de madre que era hermana carnal de la tia Ramira Quintin; familia tan dilatada y de tanta influencia en el lugar, que cuando los Quintines se alborotaban, se armaba en Quintana lo que se llama propiamente una de S. Quintin. Lo mismo era esta familia en Quintana que la familia de los Camarones en las oficinas de rentas de Cuenca, que el contador es hijo político de Don Manuel Camaron, y el visitador de puertas es hijo de Camaron, y el oficial tercero de la administracion es hijo de Camaron, y el escribiente de la tesoreria es hijo de Camaron, y el otro escribiente de la administracion es otro yerno de Camaron, y otro escribiente de la tesu-

rería sobrino del primer yerno de Camaron, y los de la intendencia y contaduría parientes de Camaron. Es decir, que lo que en Quintana son los Quintines en las oficinas de Cuenca son los Camarones, y *laus Deo*.

Pues como digo, cuando llegó la orden de la quinta, estabase tratando la boda de los dos jóvenes Quintines: tan ruidosa en Quintana como lo fuera en Eúropa la de dos príncipes de primer orden, y con ella se prometían acabar de estrechar la estirpe de los Ramírez con los Quintines tan enredosamente como se estrecharían (si es lícito, como dijo el poeta, hacer uso de ejemplos grandes para explicar cosas pequeñas); como se estrecharían, digo, las casas de Austria y de Borbon si se efectuase un enlace de nuestra amada Reinita con un Príncipe de aquella familia, y del hijo de D. Carlos con una princesa de la misma rama, como nos quiere decir tal cual testa presumida de entendedora en esto de política *internacional*; y cuidado que si por el voto gerundiano aguardan respecto al himeneo del último, allá se lo pueda llevar cuanto antes gusten, no digo al Austria para casarle con una austriaca, sino á la region austral para casarle con la zona tórrida; ó si es empeño llevarle al norte, casenle si quieren con la estrella polar, ó con madama *Cinosura*, que no es por cierta mala conveniencia para tan lindo manso: que yo en cualquier cosa entraré con tal que nos alejen de por acá á esta

astro de maligno influjo con todos los cometas que le rodean.

Mas como los tales Quintines eran parientes en segundo grado doble de consanguinidad, ó cosa así (que yo como no he sido procurador de tribunales eclesiásticos, no estoy muy practico en esto de desliudar grados de parentesco), habia sido preciso entablar dispensa, sobre lo cual habia ya un principio de protocolo en la secretaria de cámara del obispado, y se habia impetrado la dispensa á Roma, para cuyo pronto despacho no solo habian sido recomendadas las preces por el agente, es decir, no solo se habia adelantado alguna oaseja mas para gratificaciones de los escribientes del tribunal de la Curia romana que entieude en eso de dispensas, á lo cual llaman los agentes *recomendar*, sino que los padres de los prometidos habian supuesto cópula para fundar mas la súplica. Malas lenguas decían en el lugar que los futuros habian hecho algo mas que fingirla; pero estas son murmuraciones de lugares que no se pueden evitar. Lo cierto es que con la cópula, con los siete ú ocho ó diez mil del pico que habian aprontado (que no sé á punta cierto en cuanto estan tasadas precisamente estas dispensas, porque nunca gestioné casarme con ninguna prima), y principalmente con la *recomendacion*, que es lo que mas fuerza hace á la Curia romana, esperaban los contrayentes y sus familias que Su Santidad no desconoceria lo que interesaba al

bien de la iglesia la pronta concesion de una dispensa tan *recomendada* y tan apoyada en *sólidas razones*, y la aguardaban con la impaciencia que es natural, si bien sospechaban que acaso fuese necesario añadir alguna otra recomendacion.

Pero como las comunicaciones con Roma estan tan entorpecidas, en este intermedio de expectativa llegó la orden de la quinta á Quintana: hizose el sorteo, y el pobre Quintín tuvo la desgracia de que le cayera el número primero. Figúrense vds. qué golpe este para Quintina! Lloraba la infeliz que parecia una muger, y desesperábase como si viese llegado su último fin. Las familias estaban desconsoladas, y Quintín muerto de pesadumbre, lo cual formaba un verdadero contraste con la alegría de las demas muchachas del pueblo que se preguntaban; ¿quién cayó quinto?—Quintín el de la Quintina.—Vaya, pues ahí bien cayó, que *posibles* tiene el padre para comprar un sustituto.

Efectivamente tratóse desde luego entre la parentela del negocio de sustituto; pero el cura, que era hombre que gastaba mas tiempo en leer periódicos que en misas y rosarios, quiso disuadirles del pensamiento de buscar sustituto, asegurándoles que barian muy mal en malgastar ese dinero, puesto que la guerra se iba á concluir dentro de un mes por medio de un casamiento. Quintina que oyó la voz de casamiento, creyendo que se hablaba del suyo, se echó á llorar de nuevo di-

siendo que cómo se había de casar no habiendo venido todavía la dispensa.

El cura la desengañó explicándole qué clase de casamiento era; y para darle mayores esperanzas la leyó un párrafo del *Castellano* que hablaba de una carta del marqués de Miraflores embajador en París, que se decía haberse recibido, y en que aseguraba esa especie. La leyó también las cartas que del ejército del norte escribían al *Eco* y al *Correo*, en que se daba por hecha la transacción y la paz, y las comunicaciones de Vitoria en que se cuenta haber comido y bailado juntos *carlistas* y *crisinos*, como si fuesen ya todos unos y todos hermanos. La hablaba de la continuación de los fusilamientos de Maroto, de las marchas pacíficas del conde de Luchana, y de las inteligencias secretas que decía mediar entre los gefes de uno y otro partido; todo lo cual hacía creer que la paz era ya cosa hecha, y que sería un disparate que hiciera la familia un sacrificio en buscar sustituto, pues todo lo más que podía tardar Quintín en volver á Quintana sería un mes y unos días, porque ya no harían falta soldados.

Concluido que hubo el cura de hablar, le preguntó Quintina: «diga vd., señor cura, ¿y la pata de Tirabeque?—¿Cómo la pata de Tirabeque?—Sí señor, la pata de Tirabeque ¿la ha vuelto á levantar otra vez?—Creo que no, porque este último correo la traía sentada.—Pues entonces que busquen luego sustituto para Quintín.—¿Pero por

qué, muchacha?—Porque mientras Tirabeque no levanta de nuevo la pata no creo yo nada de eso que vd. dice, ni que semejante paz nos venga de repente. Que busque luego sustituto para Quintin.—Así es la verdad, dijeron todos.

De estas esplicaciones deduce mi paternidad con mucha satisfaccion que la pata de Tirabeque es para los Quintines y Quintinas de los pueblos el termómetro de las negociaciones políticas, el telégrafo de las noticias diplomáticas, el caduceo de las transacciones, la veleta de los vientos protocolenses, el observatorio rústico, el horóscopo ambulante, el oráculo en fin patológico-consultivo de los que dudan de la conclusion de la guerra por fusilamientos Marotinos y por casamientos en ciernes.

Dióse, pues, principio á las diligencias de sustituto para el quinto Quintin, y admiracion causa ver las dificultades que vencieron en poco tiempo los Quintines para arreglar el negocio en términos de volverse el quinto Quintin á su casa á los cuatro dias con toda seguridad y confianza. Amaestrado el tio Quintin y conocedor de la fuerza y virtud de ciertas recomendaciones por lo que habia visto en el asunto de la dispensa, abrió el arqueton, atestó los bolsillos de ellas, aparejó su par de arres, y se fueron Quintin padre y Quintin hijo derechos como una lanzadera á buscar sustituto. Diéronles noticia de varias compañías que los tenian de venta, y muy arreglados; pero tam-

bien les añadieron que si querian asegurarse bien, le tomasen de la compañía en que entraba el comandante del depósito y el capitán aprobante, pues si bien eran un poco mas caros, tambien era segura su adraision, cuando para los otros no faltaban nunca graves dificultades. Hizola así el tío Quintín: sacó seis mil recomendaciones de á real, y tomó su sustituto. El muchacho no tenía fé de bautismo; pero creyéndose á no dudar por sus esplicaciones que era cristiano, se trató de proveerle del testimonio de partida, lo que á fuerza de recomendaciones se pudo conseguir sin salir del pueblo, y el sustituto quedó entregado en caja.

Todavía le quedaba una dificultad en pie al bueno de Quintín; y era que si antes del año se desertaba el sustituto, tendria él que ir á cubrir su plaza con arreglo á la ley. Dificultad que bastaba á tenerle en continua zozobra por todo un año, y á acibarar los dias de la pobre Quintina. Pero dijéronle al tío Quintín que si buscaba algunas recomendaciones fuertes podria asegurar á su hijo de todo riesgo y evento, haciendo que el sustituto se muriese sin morir. «Pues señor, dijo á eso el tío Quintín, yo no entiendo ese modo de morirse la jente, que allá en mi lugar el que se muere muere de veras y no vuelve á rebullir; pero si por recomendaciones és, ahí van las que me han quedado, y muérase quien quiera y del modo que aqui se use morirse, que lo primero es mi

hijo. Y diciendo y haciendo, echó mano á sus recomendaciones, y á los cuatro dias sujo que el sustituto de su hijo habia muerto en el hospital. El dice que no sabe como murió, ni le importa saberlo: pero á Fr. Gerundio le contaron que aquel sustituto habia muerto ya otras tres veces para otros tres quintos que no eran Quintines.

El resultado es que el quinto Quintiu se volvió á su casa tranquilo y sosegado á cuenta del supuesto muerto vivo (que no todos han de ser supuestos tios vivos muertos) y de las recomendaciones de su padre, en donde le recibió Quintina, como vds. pueden suponer, con los brazos abiertos, y volvió el regocijo á la familia de los Ramirez y los Quintines. Sin embargo, me han contado que el tio Quintin, luego que regresó á casa, se puso á mirar el arqueton, y que al verle tan exhausto exclamó lleno de dolor: «Válgame Dios lo que cuestan las recomendaciones en Roma y en España!» y dicen que cayeron en el area lagrimones de á onza en el mismo sitio en que tenia antes las onzas cuya desaparicion le arrancaba aquellos lagrimones. Quintina dice que no cree en la paz por más que le diga el cura mientras no ven que Tirabeque levanta otra vez la pata: y el casamiento de Quintin y Quintina continúa en tierra, como el que se dice que anuncia el marqués de Miraflores, pendiente de una dispensa que saba Dios cuando vendrá.

Y aqui acaba el cuento del quinto Quintiu:

